

## LA FUERZA DEL MESTIZAJE

*Omar Ortiz Forero*

Carlos Arturo Truque (Condoto, Chocó, 1927– Buenaventura, 1970), publicó en 1955 una declaración de principios vitales que tituló: “La vocación y el medio. Historia de un escritor”, donde plasmó su lucha con la adversidad, su toma de partido frente a la gran tragedia nacional, que como bien lo anotara Jorge Gaitán Durán comenzaba por la carencia absoluta de principios éticos. Desde su más tierna infancia entendió que el ser negro y pobre era una circunstancia que lo condenaba a la exclusión y al atropello. Mas, dueño de un férreo carácter labrado por su aguda inteligencia y a la temprana comprensión de un sistema social y económico que no solo lo condenaba a él sino a la mayoría del pueblo colombiano, se dispuso a dar la pelea con la única arma que le era posible, el don de la palabra. Fue así como se entregó de manera absoluta a la creación por medio de la actividad literaria. Actividad que lo llevaría a alejarse de los mundillos literarios de entonces, permeados por una poesía llena de buenas costumbres, estableciendo en su vocación de escritor una relación profunda con la poética de Vallejo y con los autores latinoamericanos que comenzaban a cuestionar, desde sus particularidades, la tendencia eurocentrista del oficialismo gacetero. Y señala: “No deben olvidar nuestros europeizantes que las épocas más floridas de la literatura universal han estado normadas

por los pueblos y los escritores no han sido meros escribanos, artesanos por mejor decirlo, de la voluntad popular”.

Este arraigado compromiso con su entorno y con su época lo llevaron a definir el cuento como: “la descripción exhaustiva de un momento vital”, que para su verdadera finalidad literaria debe dejar atrás el mero relato de costumbres o los habilidosos artificios que enmascaran el lugar común, para, mediante la personalidad y la independencia del escritor, dar una síntesis intensa y suficiente del instante en que se vive. Anota Truque, “El escritor en Colombia, país de los derechos humanos y del civilismo, no tiene la libertad requerida para el cumplimiento de su misión; porque cuando no es el apéndice mendicante de un partido, se le hace imposible el acceso a los medios de divulgación, única manera de salir del anonimato en nuestro medio carente de una industria editorial bien orientada”. Sí a estas palabras pronunciadas en una entrevista de 1960, cambiamos partido por ideología o institución oficial, encontramos que se encuentran plenas de vigencia.

Carlos Arturo Truque se da a conocer nacionalmente en 1953 cuando su libro *Granizada y otros cuentos* gana el premio Espiral de ese año. Posteriormente su cuento “Vivan los compañeros” obtiene el tercer premio en el concurso de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia en 1958, y en 1965 su cuento “El día que terminó el verano” obtuvo mención honorífica en el V Festival Nacional de Arte.

Leer los cuentos del autor chocono que se recogieron recién en el libro *Vivan los compañeros. Cuentos completos*, editado por el Ministerio de Cultura, en su Biblioteca Afrocolombiana, es reafirmar esa sensación que hace rato nos ronda en el sentido de que la historia de este país se encuentra no en sus libros de texto sino en su literatura. Cada uno de los cuentos de Truque contiene situaciones propias de la interminable cadena de tropelías, de violencias con que una minoría privilegiada carga y abrumba a la gran mayoría de la población, manteniéndola de generación en generación en la más abyecta ignorancia y en la peor de las supersticiones. La “Granizada”, por ejemplo, repite el drama de los cultivadores de papa que muy recurrentemente ven sus cultivos arrasados por la inclemencia de las plagas o del tiempo, perdiendo en ello su tierra,

su trabajo y su sustento. El cuento nos sitúa en un amanecer que amenaza granizo poniendo en peligro la cosecha ya perdida antes por una plaga de gusano. Para sembrar de nuevo Eulalia, Bernardo y Anselmo, la familia campesina que ilustra la historia, recurren a una hipoteca bancaria que en su momento se presenta como la salvación, “Gracias a Dios y al Banco...”, exclama Eulalia, pero que con la llegada de la nueva catástrofe los condena a perder la finquita, según lo anunciado por el doctor Mendieta. Lo interesante de lo planteado, es que Truque hábilmente relaciona divinidad y dinero como las imágenes, las creencias, que pudiendo ser el remedio de los males que afectan a los protagonistas son realmente la causa de sus desgracias. Hace poco leí en alguna parte que un filósofo europeo afirmaba que Dios no ha muerto, que ha sido remplazado por el Dinero, lo que nuestro autor demuestra desde 1953 es que siempre han sido la misma y perversa cosa.

Otro ejemplo de esta condición de sumisión supersticiosa con que nos esclavizan la da el autor en su cuento “El Collar”, donde narra de forma concisa y magistral la muerte por hambre de una anciana luego de colocar un collar de gruesas pepas oro en la imagen de la Virgen mientras era sacada en procesión de la iglesia.

Razón tiene Eduardo Pachón Padilla, cuando en su libro “Antología del Cuento colombiano”, afirma: “*Granizada y otros cuentos* es un palpable alegato de crítica social a la forma como ha sido distribuida la riqueza, correspondiéndole a unos, la mayoría, todas las cargas y obligaciones, y a los otros, el pequeño grupo de los favorecidos, el disfrute pacífico y sosegado de sus haberes, que se aprovechará de esta posición con singular avidez haciendo más dura y mísera la suerte de los asalariados”.

La violencia, el conflicto armado que nos desgarran desde los inicios de la República también es para Truque objeto de sus preocupaciones y ocupaciones narrativas. En varios de sus cuentos están detallados episodios coyunturales en la saga de confrontaciones armadas que con diversos camuflados se repiten año tras año. En “Vivan los compañeros”, un título de claras connotaciones vallejianas, recordemos que el poeta peruano en “España, aparta de mí este cáliz”, dice: “Solía escribir con su dedo grande en el aire:/ ‘¡Vivan los compañeros! Pedro Rojas’,/de Miranda de

Ebro, padre y hombre,/marido y hombre, ferroviario y hombre,/ padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes”, se recrea la guerra del llano, lo mismo que en el cuento “Sangre en el llano”. Pero es en “Lo triste de vivir así”, una historia de conflicto conyugal provocado por el desempleo crónico del marido donde aparece una reflexión del protagonista que bien podría servir para ilustrar de la mejor manera la situación actual de muchos de nuestros compatriotas. Dice el personaje principal que curiosamente no tiene nombre:

—El Presidente promete la paz y el trabajo para todos—¡Qué desfachatez! —grito a mi consorte—. ¡Qué paz ni que trabajo! ¿Qué me va dar este marrano a mí? Acaso su paz no sea la de un balazo en la sien, urgido por el arriendo, la luz y el agua cortadas, si no los pago. En fin, por rodo esto que estamos viviendo. Que no me metan a mí tanto cuento. Sé que son unos mierdas y ninguna declaración me va a hacer cambiar de opinión. Desde que tuve uso de razón están diciendo lo mismo. Y todavía no he visto el primero que haya cumplido. Estos engañan a los pueblos, les roban sus votos y después los ametrallan en las calles, los encarcelan y, lo que es peor, los matan por el hambre y la miseria. Prometen, prometen y uno se queda esperando. Lo que no comprendo es cómo hay tantos pendejoes que aún creen en ellos. (Truque 2004.)

Naturalmente su condición de hombre del litoral, del hermoso y trágico Pacífico colombiano, también es objeto de su observación ficcional, “Sonatina para dos tambores” es un escrito que está concebido desde la cadenciosa música de la costa Pacífica, el currulao, la juga, el movimiento de los cuerpos que se mecen provocadores al son de los cununos y los guasá, el sudor, los tragos de biche, el reclamo de las coplas sirven de fondo erótico a una muerte implacable. Sin embargo para mi gusto es en “El Pigüita”, donde mejor se expresa la desgarradora realidad que desde la llegada de los barcos esclavistas marca a Buenaventura con la herencia de no tener asidero en el mundo.

Y, no puede faltar en la pequeña gran obra del condoteño lugar para el amor y el desamor, son varios los cuentos que abordan desde diversas miradas la problemática de los afectos, como “La

muerte tuvo cara y sello”, cuento con características narrativas al mejor estilo de Rubén Fonseca. De otro lado, en “Martín encuentra dos razones” nos mete en una historia con trasfondo moral. Pero quiero detenerme en el cuento “El día que terminó el verano”, por la manera como aborda el recurrente tema del amor de dos hermanos por una mujer. En este caso, un hermano ha muerto dejándole al sobreviviente su amante que la recibe en medio de un verano tan calcinante que el agua no alcanza para suplir las decorosas necesidades del baño, apremiante para calmar los humores producidos por el calor que hacía que el sudor bajara “de la cabeza al vientre y del vientre a los genitales; y, sobre todo, con ese vaho agrio que subía por caminos misteriosos hasta la nariz”. Hay un manejo magistral entre la resequedad y la humedad del deseo sexual que va deslizándose por la narración hasta copar todos los objetos de la casa, incluidos los cuerpos del hombre y la mujer atrapados en el verano y en espera de la lluvia redentora, que cuando cae explota nutricia como las piernas gruesas de Mercedes que desnuda llena el campo de vida, dando fin a un inclemente verano.

No cabe duda que Carlos Arturo Truque, junto a Hernando Téllez, son los precursores de la vigencia del cuento como fuerza narrativa, muestra y vigencia incomparable de una poética que hasta en lo atroz, es lacerantemente bella.